

LOS MAYORES COMO UNA VOZ EQUILIBRADA DEL FUTURO

Víctor Pérez-Díaz

ASP Research Paper 58(a)/2005

Sumario

1. La prolongación de la vida: hacia una sociedad de mayores
2. Hacia un nuevo equilibrio de las generaciones y de las etapas de la vida
3. El estado de la cuestión: la visión de las elites, los problemas de ajuste y los problemas de fondo
4. Un cambio de perspectiva, un cambio de registro y una referencia que anticipa el argumento
5. Los mayores, sus recursos, su capacidad para definirse a sí mismos y su “mejor posibilidad”
6. El retorno de los mayores al centro del espacio público
7. La mejor posibilidad de los mayores, y la cultura moral de una humanidad racional autónoma, y vulnerable
8. Ejemplos clásicos: Néstor, Catón, Solón
9. Aplicaciones al presente, y Edipo en Colono
10. Siempre una historia abierta: “*old fools*”, *estrés* y envejecimiento

Referencias

Publicado en *Revista de Occidente*, 298.

ASP Research Papers

Comité de Redacción /Editorial Board

Víctor Pérez-Díaz (director)
Berta Álvarez-Miranda Navarro
Juan Jesús Fernández González
Josu Mezo Aranzibia
Pilar Rivilla Baselga
Juan Carlos Rodríguez Pérez
Fernando González Olivares (redactor jefe)

Comité Científico Internacional /International Scientific Committee

Daniel Bell (American Academy of Arts and Sciences)
Suzanne Berger (Massachusetts Institute of Technology)
Peter Gourevitch (University of California, San Diego)
Peter Hall (Harvard University)
Pierre Hassner (École des Hautes Études en Sciences Sociales, Paris)
Kenneth Keniston (Massachusetts Institute of Technology)

© Víctor Pérez-Díaz

Este trabajo no podrá ser reproducido en todo
o en parte sin permiso previo del autor

Depósito legal: M-6126-1994

ISSN: 1134 - 6116

Mis objetivos en este breve ensayo son dos. En primer lugar, quiero subrayar una tendencia y sugerir un cambio de perspectiva. Señalo que conforme pasa el tiempo los mayores¹ son tanto o más numerosos que los jóvenes y tienen tantos o más recursos que ellos, estando cada vez más en la condición y en la disposición de usarlos; y que, por consiguiente, vamos hacia una sociedad no de jóvenes sino de mayores, a la que los jóvenes tendrán que acomodarse. Sugiero que en lugar de centrar nuestra atención en los problemas de ajuste a corto y medio plazo que plantea esa nueva situación al marco institucional vigente y a las políticas públicas habituales, hagamos un ejercicio de entendimiento de los problemas de fondo.²

En segundo lugar, argumento que, si realizamos ese cambio de perspectiva, la nueva situación debe ser vista con esperanza desde la perspectiva de quienes hagan suyo el núcleo valorativo de la cultura humanista occidental, que es el resultado de una determinada confluencia de la tradición clásica y la bíblica a lo largo de dos milenios. Esto es así porque el equilibrio entre las edades ofrece una oportunidad para que aumente la influencia de los mayores en tanto que testigos y promotores de una visión más justa que la que impera en nuestras sociedades contemporáneas. Esa visión más justa, y más ajustada a la condición humana, favorece el reconocimiento mutuo de los seres humanos, por un lado, en su capacidad de agentes racionales autónomos y, por otro, en sus rasgos de dependencia y de vulnerabilidad. La búsqueda de un equilibrio entre estas dos dimensiones del ser humano puede inspirarse en una variedad de fuentes de nuestra tradición, como mostraré con algunos ejemplos, y, al mismo tiempo, es el grupo de los mayores de hoy el que, por razón de su circunstancia, tiene más oportunidades de alcanzarlo. En este sentido, su voz puede entenderse como una voz equilibrada o ecuánime del futuro, que puede compensar una parte del desconcierto del presente.

Me moveré por tanto en dos planos, el de la descripción de la situación actual y el de la reflexión normativa; y alternaré el análisis de datos y documentos de expertos y observadores contemporáneos, con el comentario de textos literarios clásicos y filosóficos.

¹En los debates actuales se usan varios términos para hablar de los mayores, tales como “ancianos”, “viejos”, “miembros de la tercera edad” o incluso de “poder gris” (“*grey power*”) cuando se piensa en ellos como un grupo de interés. Cada uno de esos términos tiene connotaciones diversas, en las que no entraré; en este trabajo me referiré, en general, a “mayores” (el término más usado hoy) y ocasionalmente a “ancianos” (el término clásico). Agradezco a José Sancho Rof y Juan Carlos Rodríguez sus comentarios a un borrador previo de este trabajo.

²Naturalmente, dar prioridad a los problemas de fondo no significa desatender los problemas de ajuste. Los dos enfoques son complementarios; pero aquí me atengo al primero.

La prolongación de la vida: hacia una sociedad de mayores

En el último siglo hemos asistido a una transformación extraordinaria en la longevidad media de la especie humana. Antes, a lo largo de muchos milenios, la esperanza de vida al nacer se había movido en torno a los 30 años; pero esta situación ha cambiado de manera radical en fecha relativamente reciente. A comienzos del siglo XX la esperanza media de vida para el conjunto de los humanos era de 27 años, aunque se había elevado ya sustancialmente en muchos países occidentales, como fruto de las mejoras acumuladas en los niveles de alimentación e higiene (relacionadas con el crecimiento económico) y, secundariamente, de los avances en la medicina. De este modo, la esperanza de vida en Estados Unidos, por ejemplo, llegó a ser de 49 años en 1900. A lo largo del siglo XX esta media habría aumentado y, al mismo tiempo, se habría generalizado, con el efecto de que, para el año 2000, si la esperanza de vida en Estados Unidos se situaba en torno a los 78 años, la del conjunto de los terrícolas era de 65 (Magee, 2004). No sólo esto. Dado el carácter aparentemente irreversible de aquellos avances en alimentación, higiene y medicina, la consolidación y la difusión del aumento de la longevidad parecen aseguradas a escala mundial. Sin embargo, sea esto dicho con dos cautelas: la tendencia general tiene excepciones y retrocesos locales (como en Rusia en los últimos 30 años), y puede ser contrarrestada por episodios apocalípticos más o menos prolongados, como la guerra, el hambre y las pandemias, los cuales serían resultado directo o indirecto de actuaciones humanas, por lo demás bastante probables.

Dado que el tono del debate actual sobre estas materias suele ser optimista, no quiero crear ahora un estado de inquietud en el lector deteniéndome en esta posibilidad apocalíptica. De hecho, la sociedad no se detiene en ella y tiende a no mencionarla siquiera, lo cual ya es, de por sí, un síntoma de la tendencia general a considerar la longevidad no como una posibilidad sino como un dato, y a darla por supuesta. En general, la mayor parte de la especie está haciendo suya (tendencialmente) una definición de su horizonte vital, del curso de su vida, que incorpora la expectativa de una longevidad grande. “Grande” quiere decir una extensión gradual de la vida más allá de los 80 hacia la cifra mágica de los 100 años. Se tiene quizá como telón de fondo del escenario la estimación de los científicos de que la edad máxima alcanzada por cualquier especie viene a ser igual a la de multiplicar por 6 su tiempo de maduración biológica, y dado que éste es de 20 años para la especie humana, su horizonte de vida alcanzaría los 120 años. Sin entrar a valorar una estimación semejante ni adentrarme en el mundo de los avances de la genética, me limito a subrayar lo que se está convirtiendo en un lugar común en los medios de la opinión pública profesional, ilustrada, que, cabe suponer, a su debido tiempo se difundirá en el público en general (Parker-Pope, 2005). Estos cálculos se van instalando

gradualmente en el espacio público, y aquel horizonte de vida parece cada vez más plausible. Se ve el objetivo de vivir hasta los 80 años como fácilmente asequible, y el de los 100 como un poco excesivo pero ya no demasiado lejano, al menos para un segmento de la población que se va agrandando por momentos.

La percepción de poder prolongar la vida hasta ese punto se combina con la de hacerlo en un buen estado de salud, que le permita a la gente seguir valiéndose por sí misma. Si la esperanza de vida se acerca a los 80 años, la de una vida en buen estado de salud se sitúa ya en torno a los 67 años. Si aplicáramos esta misma proporción a una población con una esperanza de vida de 100 años, su esperanza de vida saludable podría situarse entre los 85 y los 90 años. Dicho sea de paso, llegar a esa avanzada de edad en buena salud consolidaría la tendencia general al aumento de la longevidad por varias razones, entre otras, la de que esos ancianos saludables querrían y sabrían cómo garantizar su acceso a la alimentación, la higiene y la medicina que les son necesarias. También sabrían cómo contrarrestar las estrategias conducentes a negarles ese acceso, como, por ejemplo, las orientadas a eliminarles físicamente por parte de quienes pueden invocar las virtudes de la eutanasia o de la muerte digna con vistas a justificar una reasignación supuestamente más racional de los recursos que se invierten en mantener con vida y cuidar los ancianos; por ejemplo, por parte de médicos muy preocupados por la mejor utilización de los recursos de los hospitales públicos, o por familiares muy preocupados por la mejor distribución de un patrimonio familiar.

Hacia un nuevo equilibrio de las generaciones y de las etapas de la vida

Ahora bien, ¿cuáles son las implicaciones de esta prolongación sustancial de la vida humana? Las consecuencias son enormes, y de una amplitud y una profundidad de las que las sociedades no son todavía conscientes. Por lo pronto, esta prolongada longevidad implica, por definición, una tasa de supervivencia de los recién nacidos mucho mayor que la que ha sido habitual. No sólo se da un descenso de la mortalidad infantil, de los primeros meses y años, sino también de la de las cohortes a lo largo de su maduración, hasta el momento en que son capaces, a su vez, de reproducirse. Gracias a la longevidad, para la reproducción de las familias y de la sociedad en su conjunto ya no hace falta tener muchos hijos esperando que algunos sobrevivan, porque ahora la expectativa razonable

es que sobrevivan casi todos. Por esto, la longevidad puede compensar la caída de la natalidad, aunque sólo hasta cierto punto.³

La prolongación de la vida y la caída de la natalidad implican un envejecimiento relativo de la población del momento; de hecho, el porcentaje de los mayores sobre el total no ha hecho sino aumentar y todo apunta a que lo seguirá haciendo. En los países de la OCDE, por ejemplo, los mayores de 65 años son hoy entre un 20 y un 30 por ciento de los del grupo de 20-64 años; serán entre un 35 y un 50 por ciento en 2030, y entre un 40 y un 70 por ciento en 2050 (OECD, 2005).

A su vez, esta evolución tiene otras dos implicaciones de gran calado. Por un lado, tiende a permitir un equilibrio relativo de las oportunidades de vida entre los géneros. La configuración del curso de la vida en las sociedades de cazadores, agricultores y urbanitas de los dos o tres últimos milenios ha sido muy distinta para los hombres y para las mujeres. Una razón de ello ha sido la especialización de la mujer en el papel de asegurar la reproducción de la especie. Esto supone la inversión de su tiempo y su energía en la gestación, parto y primeros cuidados de cada niño, repetida para un número relativamente alto de niños; como corresponde a una sociedad cuya reproducción implicaba una alta tasa de natalidad, precisamente porque la tasa de mortalidad era alta y la esperanza de vida, corta. En las condiciones actuales, la expectativa general es que bastan entre uno y dos partos, y que los cuidados de los niños serán, en alguna medida, compartidos. Esto no uniformiza per se, de manera estricta, el curso de la vida de hombres y mujeres, pero si lo aproxima; es incluso concebible que, en ciertas condiciones culturales e institucionales, los acerque tanto que sus formas de vida lleguen a ser casi homogéneas.

Por otro lado, esa evolución tiende a permitir una revisión de la configuración de las diferentes etapas del curso de la vida para los hombres, y, en la medida en la que se da la relativa homogeneización de los géneros antes aludida, para las mujeres. Ello afecta tanto a la etapa de maduración como a la vida adulta o a la de los mayores. En el pasado, digamos por simplificar hasta hace poco menos de un siglo, la escolarización terminaba hacia los 10 ó 12 años, bastante antes del final del tiempo de maduración que convencionalmente hemos situado en los 20 años. En torno a los 20 años, en sociedades como las nuestras, se daba la confluencia de los varios ritos de paso del servicio militar, el voto, el trabajo (ya no en condiciones de aprendiz) y el matrimonio para la entrada en el espacio vital, público y privado, de los jóvenes y maduros: una meseta por la que se

³No lo hace cuando la tasa de natalidad se sitúa en torno a 1,4 hijos por pareja, como es el caso de la Unión Europea en la actualidad (en España es de 1,3).

deambulaba hasta, digamos, los 60 años. Esto ha sido así, muy *grosso modo*, a lo largo de una gran parte del siglo XX, a pesar de los cambios socioculturales propios de una vida política agitadísima. Sólo en los últimos 20 ó 30 años la escolarización se ha prolongado sustancialmente, con carácter general, y hoy día las cohortes de adolescentes se demoran en una etapa previa a la entrada en el mercado de trabajo y la formación de la familia. Mientras la edad de la incorporación a una actividad económica y la del matrimonio se retrasan, el servicio militar desaparece y el voto, en cambio, se anticipa. Se trata de una etapa ambigua entre la adolescencia y la juventud, un tanto desequilibrada e incierta, precisamente por la descompensación entre tener menos responsabilidades y deberes pero tener más derechos.⁴ Esta etapa se ha ampliado y tiende a ampliarse.

Qué dé de sí una experiencia de estas características durante la etapa de maduración es una pregunta que no voy a explorar aquí a fondo, aunque sí quiero apuntar brevemente que una de sus consecuencias puede ser la de demorar la entrada de los jóvenes en la etapa de la edad adulta sólo para acelerar su ritmo una vez que ingresan en ella. Entran lentamente pero, una vez dentro, les acometen las prisas por triunfar quemando etapas: una actitud que, obviamente, distorsionaría su sentido de la realidad (tal vez ya afectado por el desequilibrio al que me he referido antes). La razón de estas prisas de los jóvenes estriba en la lógica de sus relaciones con las generaciones mayores. Hay que tener en cuenta que si los jóvenes retrasan su entrada en el mundo del trabajo, en cambio los mayores, en general, tienden a jubilarse en torno a los 60/65 años.⁵ Se ha dado así el fenómeno de que el impulso a la longevidad, el salto de la esperanza de vida de 60 a casi 80 años, ha coincidido con un moderado adelanto de la edad de retiro de la actividad económica por parte de amplias masas de población ocupadas como asalariados de las empresas; amparadas por un sistema de seguridad social que, en sus inicios, había sido pensado para aplicarse a gentes cuya muerte iba a tener lugar sólo pocos años después de su jubilación. El crecimiento económico y la mejora de la productividad han hecho posible, durante mucho tiempo, tanto una reducción del tiempo de trabajo anual como el número de años en actividad, y el resultado final ha sido una generación de gentes que se jubilan entre los 60 y los 65 años y les quedan bastantes años de vida en buenas condiciones de salud.

⁴Evidentemente, ese desequilibrio puede compensarse mediante un sistema educativo adecuado (y otras instituciones), pero también puede agravarse con uno inadecuado.

⁵Naturalmente siempre habrá márgenes para adelantar o retrasar unos pocos años la edad de jubilación. Dentro de esos márgenes hasta hace pocos años se tendía a adelantarla, pero hoy se tiende a atrasarla.

El resultado de todo ello es un curso de la vida con una etapa de 20 años de maduración que tiende a prolongarse, un período de actividad entre 30 y 40 años, hasta los 60/65 años de edad, y 20 años de retiro, de los cuales 10 son de buena salud y 10 en condiciones de mayor dependencia,⁶ pero con la tendencia a alargar esta etapa a 30 años, 20 en condiciones saludables y 10 con dificultades. Parece que, simplificando un poco las cosas, la tendencia sugiere que estamos yendo hacia un curso de la vida de 90 años de vida saludable, partido en tres etapas de unos 30 años cada una: una de 30 años de maduración en la que se mezclan niños, adolescentes y jóvenes; otra de 30, de adultos plenamente activos; y otra de 30, de mayores con un pie en la actividad y el otro, digamos, en la contemplación. Cada una de ellas con un ritmo distinto de vida así como, por lo demás, con una experiencia del tiempo diferente.

El estado de la cuestión: la visión de las elites, los problemas de ajuste y los problemas de fondo

La sociedad (entiéndase, la del tipo occidental, como la nuestra, con una democracia liberal y una economía de mercado con cierto nivel de desarrollo) está en un momento de perplejidad porque, por un lado, ha visto venir y al final se encuentra con un segmento enorme y creciente de mayores, pero, por otro, se da cuenta de que se ha preparado sólo a medias para ello y está inmersa en una serie de problemas que parecen de ajuste pero que, se sospecha, plantean problemas mucho más de fondo, y no acaba de tener respuestas para los primeros ni formulaciones satisfactorias para los segundos.

¿Cuáles son los problemas de ajuste? Son los que suelen ver las elites (políticas, económicas, sociales, culturales) de cada país, que, casi por definición, son poco imaginativas y dadas al manejo de *politics as usual*, la política como rutina o la política habitual. Conocen sus instituciones; están acostumbradas a manejar los mecanismos y reparar las averías de la maquinaria. Lo hacen tanto los que cubren sus pequeñas diferencias con sus rivales con un ropaje de hojarasca ideológica ruidosa como los que se confiesan moderados y pragmáticos. Es normal que sea así. Hay que tener en cuenta que el proceso de selección de las elites es casi siempre el de probar su acomodación y capacidad de supervivencia en sus circunstancias. Cuando lo que predomina son, como suelen serlo, las grandes organizaciones de todo tipo, las corporaciones académicas, los

⁶Ver por ejemplo las expectativas de unos 10 años más de vida con buena salud de hombres y mujeres de 65 años de edad en Inglaterra y Gales (en 2001), en Department of Work and Pensions (2005).

partidos dominados por oligarquías y, en general, los *establishments* con rasgos acusados de sociedad de corte, hay un *premium* para que los triunfadores o los escaladores de las pirámides organizativas sean oportunistas razonables, diestros en los juegos, y los ajustes, a corto y medio plazo. Eso es normal.

Cuando se pregunta a las elites, y se les pregunta con frecuencia, sobre el estado de la cuestión suelen responder lo siguiente.⁷ Tenemos, dicen, un problema de ajuste demográfico, económico y social muy complejo. La población envejece, eso está bien pero no está bien y, para contrarrestarlo en lo que no está bien, debemos incentivar la natalidad o atraer una inmigración más o menos controlada o ambas cosas. Nos quedamos sin población activa capaz de generar el producto que necesitamos, tanto más cuanto que se requiere que una parte de él se invierta en gasto social asociado al envejecimiento de la sociedad, a pensiones y asistencia sanitaria a los mayores (y aquí se avanzan propuestas muy diversas acerca de cómo introducir ajustes en los sistemas de bienestar de cada país).⁸ Aparte de importar población activa del exterior (por ejemplo, inmigrantes jóvenes que, con el tiempo, ya se sabe, envejecerán), podemos incentivar a las mujeres para que entren en el mercado de trabajo (conciliando familia y carrera profesional, por ejemplo) y a los mayores para que no se retiren anticipadamente de él e incluso para que se queden un poco más (a sabiendas de que estos mayores de aquí y ahora no quieren, pero se espera que los siguientes se irán convenciendo).⁹ También se consideran a veces otras políticas, como la de sustituir los puestos de trabajo por máquinas aumentando la productividad e incluso introduciendo robots a escala masiva; al menos se está intentando algo así en sociedades como Japón, de nivel tecnológico muy alto y con una población de las más envejecidas.

Con frecuencia, las elites expresan su preocupación sobre la factibilidad de estas reformas. Ven venir un problema que se agiganta; creen que la sociedad no se da cuenta de su envergadura, y que los políticos, que lo ven un poco más, no se atreven a actuar. Prevén tiempos difíciles. Piensan que les conviene llamar la atención sobre el problema.

⁷Un ejemplo de la visión de los expertos puede verse en OECD (2005). Sobre las actitudes de las elites en general ver AARP (2004).

⁸Aquí se sitúa el debate intenso entre las múltiples variedades de conservadores, socialistas y liberales que se da en Europa y otros continentes, y que acapara la atención de los medios de comunicación.

⁹De hecho las tasas de actividad del grupo de edad 55-64 son bajas en muchas sociedades avanzadas; por ejemplo, en la Europa de los 15, entre 1990 y 2003, se han situado en torno al 40% (con una ligera tendencia al alza en los últimos años) (Piekkola y Deschryvere, 2005).

Aplauden foros de debate que aumenten el grado de sensibilidad de la población en esta materia, lo cual, esperan, facilitará el camino a unas reformas siempre calificadas de necesarias y dolorosas.

Un cambio de perspectiva, un cambio de registro y una referencia que anticipa el argumento

Este abanico de diagnósticos, dudas y buenos deseos es el repertorio de la discusión habitual, y suena bastante plausible. Pero, sin entrar ahora en su análisis, lo que sí quiero subrayar es que se trata de políticas públicas que, en cualquier caso, deben ser complementadas por otras y, sobre todo, situadas en una perspectiva más amplia y, en cierto modo, muy distinta. Aquellas propuestas se sitúan en el terreno de la política habitual y les falta el trasfondo de una gran estrategia. Por ello, quiero explorar ahora lo que podría ser un trasfondo semejante, centrándome en el problema de los mayores pero viéndoles desde una perspectiva diferente: una que subraya su condición de agentes activos, en lugar de relegarlos, tácitamente, a la de soportes de los mecanismos de la economía o sujetos pasivos de las políticas públicas.¹⁰

En efecto, la discusión de la política habitual parte de la premisa, con frecuencia tácita y alguna vez explícita, de que los mayores son algo así como *un recurso a usar* en el marco de la economía productiva o *un sujeto pasivo a cuidar* en el marco de un estado del bienestar. Se trata de una discusión muy comprensible si uno se coloca en la perspectiva de unos líderes entendidos como “manejadores de los hombres” (de seres humanos entendidos como recursos o sujetos pasivos), lo que recuerda un poco, si me permiten la asociación de ideas y la referencia literaria, a aquello de los “domadores de caballos”, que era el epíteto que usaba Homero para caracterizar a los troyanos de su poema.

Nuestros líderes académicos, políticos, periodistas, empresarios, obispos o sindicalistas no son Héctor, el guerrero de Troya, pero cabe preguntarse: ¿tal vez podemos imaginar que, en su autocomplacencia, se hacen la ilusión de compartir un poco de su ardor guerrero, de su agresividad?, ¿tal vez un poco de su “tremolante casco”, otro epíteto homérico, es decir, de su visibilidad? El problema con una identificación imaginaria semejante es que, como nos enseña el poema, no apunta hacia un final feliz. Al final,

¹⁰Continúo así la discusión iniciada con el contraste entre ancianos activistas y ‘ancianos estado-dependientes en Pérez-Díaz (1998).

como saben, Héctor es derrotado y alanceado, y la Iliada acaba devolviendo el protagonismo a su padre Príamo, un anciano que sabe usar de su experiencia para recuperar el control, parcial, de la situación y encarar con éxito al divino Aquileo, cosa que no hizo su hijo en su momento (Homero, *Iliada*, rapsodia XXIV).

Mi ejemplo no es un mero artificio retórico. No he contrapuesto a los domadores de caballos, a los manejadores de hombres, con Príamo, el anciano, sin una intención argumentativa. La tengo. Y para hacerla explícita y desarrollarla permítame el lector que continúe recordando la escena del encuentro entre Príamo y Aquileo, para subrayar que el éxito de Príamo en esa circunstancia estriba en su acierto al combinar dos papeles: por un lado, toma la iniciativa y controla sus propios recursos razonadores y emotivos, es decir, se comporta como un agente racional autónomo en una situación de alto riesgo, y, por otro lado, apela a la piedad de Aquileo a la vista del espectáculo de su propia vulnerabilidad. La vulnerabilidad en cuestión es, ante todo, la suya, la de Príamo, pero esta vulnerabilidad singular es al tiempo, y éste es un punto que quiero enfatizar, clave y cifra de la vulnerabilidad de todos, y, porque lo es, Príamo recuerda a Aquileo la de su propio padre Peleo, ya muerto, y la de él mismo, abocado como está a una muerte próxima (que la de Héctor ha acercado aún más); pero incluso, yendo más allá, con ello el poeta recuerda a su audiencia su propia vulnerabilidad, la de la audiencia, que es la también la nuestra, la de los lectores de hoy.

Por tanto, hay un doble mensaje, y una doble enseñanza, en la conducta del anciano Príamo, que, como protagonista de las últimas escenas del poema de Homero, personifica la doble dimensión de un agente que reivindica su capacidad tanto para la acción racional autónoma como para la persuasión moral y emocional que pone de manifiesto, y se apoya, en su condición de dependencia y de vulnerabilidad. Y ya sólo con eso, se coloca y nos coloca en un terreno que desborda las premisas de la política habitual, de los seres humanos como recursos (o instrumentos) y como sujetos pasivos de cuidados.

Los mayores, sus recursos, su capacidad para definirse a sí mismos y su “mejor posibilidad”

Pero volvamos a la actualidad. Sabemos que los recursos de los mayores son cada vez más importantes. Durante un tiempo la mayor parte de ellos fueron vistos como una población de trabajadores con pocos medios y escasa instrucción, cuyos hijos conseguían posiciones de clases medias y tenían que hacerse cargo de ellos o confiar en la seguridad social para que lo hiciera. Todo esto sigue siendo en parte cierto, pero ya no caracteriza

a la mayoría de la gente en los países más avanzados, y se tiende a que lo haga cada vez menos. Como en todos los procesos de cambio cabe discutir dónde estamos al respecto país a país y decenio a decenio, pero aquí centro la atención en la tendencia general.

Los jubilados en Estados Unidos, por ejemplo, tienen un patrimonio cada vez más importante, una educación cada vez más alta y un nivel de salud cada vez mejor. En ese país, si en 1950 sólo el 19 por ciento de los jubilados tenía un nivel educativo de escuela secundaria o más, en el 2000 la proporción era del 67 por ciento. La mediana de sus patrimonios se dobló entre 1984 y 2001, y la proporción de hogares de jubilados por debajo del nivel de pobreza pasó del 35 al 10 por ciento entre 1960 y 1997 (Magee, 2004). Los niveles educativos son ya los mismos entre los jubilados y las generaciones siguientes, y la obsolescencia de sus saberes técnicos puede compensarse, en muchas materias, con la sabiduría generada por la experiencia. Es posible que las ventajas de la situación económica de los jubilados en relación con la de sus hijos aumenten durante un tiempo; quizá para luego dar paso a nuevos ajustes en las posiciones relativas entre las generaciones *pari passu* con los cambios en las posiciones relativas de los diversos países como consecuencia de la globalización.

Pues bien, dentro del abanico de posibilidades de lo que hagan estos mayores con sus recursos en los próximos tiempos voy a fijarme ahora en lo que llamaré su “mejor posibilidad”, es decir, aquella actuación que siendo posible es, al mismo tiempo, deseable desde un punto de vista determinado, que se irá haciendo explícito a medida que avanzo en la discusión. La mejor posibilidad a la que me refiero incluye, por lo pronto, que los mayores se entiendan a sí mismos como protagonistas de sus propias vidas. De hecho, ya hay amplia evidencia de que los mayores de hoy actualizan, con una energía creciente, esta posibilidad. Muchos emplean buena parte de su tiempo en una o múltiples actividades, remuneradas o no. En Estados Unidos, por ejemplo, los niveles de actividad de los retirados son relativamente altos. En 2002, el 37,5 por ciento de los retirados estaba comprometido en múltiples actividades, cerca del 34 por ciento en una, y algo menos del 29 por ciento en ninguna (Butrica y Schaner, 2005). Conscientes de los efectos negativos de la soledad, las gentes mayores tratan de mantener sus relaciones familiares (más intensas y frecuentes en unas culturas que otras)¹¹ y sus contactos sociales; y así, en Estados Unidos, en el año 2000, aparte de mantener el contacto con amigos y vecinos (entre el 80 y el 90 por ciento), entre el 40 y el 55 por ciento (según la edad) asistía a los

¹¹Como se ve, por ejemplo, en Europa, comparando las tasas más altas de proximidad y de contacto entre padres e hijos de los países mediterráneos respecto a los países centro y norteeuropeos (Hank, 2005).

actos de culto de su iglesia, entre un 15 y un 30 por ciento participaba en clubs y asociaciones, y entre un 10 y un 20 por ciento, en actuaciones de voluntariado (Magee, 2004: 4). No sólo hacen cosas con su tiempo libre, también lo hacen con su patrimonio. Sus transferencias son importantes para las generaciones siguientes, y deben ser vistas como parte de un complejo sistema de inter-dependencias entre la generación de mayor edad y las generaciones de adultos y jóvenes (Rydell, 2005). También usan su poder político por dos vías muy diferentes, la del voto directo, que ejerce una influencia cada vez mayor, y la de la actuación de sus asociaciones.

El retorno de los mayores al centro del espacio público

Hasta hace poco, el mundo occidental había vivido una larga onda de ‘juvenilismo’ en los estilos de vida y la retórica de sus argumentos, a veces incluso en la tonalidad dominante de sus sentimientos tal como se expresaban en el espacio público, en la propaganda política y la publicidad comercial. El efecto de todo ello ha sido complejo y contradictorio. Ha habido un cierto impulso vital en el ambiente. Pero a veces este impulso ha sido profunda e intensamente destructor, como se puso de manifiesto en los movimientos totalitarios posteriores a la primera guerra mundial en la Europa continental. Tales movimientos se apoyaron en el ansia de muchos jóvenes por desbancar a las generaciones mayores, denigradas como decadentes, moderadas o liberales: poca cosa, según ellos, comparadas con los heroicos revolucionarios del momento. A los jóvenes apelaron Mussolini, Hitler, los dirigentes de la III Internacional y, en particular, Mao con su revolución cultural, que, aunque tuvo su centro en China, encontró también eco en la juventud occidental. Los líderes totalitarios han solido ser astutos para comprender las debilidades de sus adversarios, pero también han sido rápidos y despiadados, vagos en sus definiciones, obsesos con la movilización permanente y enamorados de sí mismos.¹² Provistos de ese repertorio de rasgos de carácter, estos líderes se encontraron con que tenían una afinidad intelectual y emocional con una parte de las nuevas generaciones. La experiencia sugiere que su llamada fue escuchada, y que sus gritos de guerra resonaron con la disposición narcisista y arrogante, irresponsable y cainita de unas juventudes deseducadas o inmaduras tanto cognitiva como moral y emocionalmente.

¹²Sobre este repertorio de “virtudes” el caso de Hitler, ver Haffner (2002); sobre el caso de Mao, Chang y Halliday (2005: 548 y ss.). Tampoco conviene minusvalorar los rasgos parecidos de los líderes de muchos movimientos nacionalistas que también han suscitado el entusiasmo de los jóvenes (Kedourie, 1994: 83).

Con el tiempo, en los países europeos, el entusiasmo totalitario dio paso a experiencias emocionales más sosegadas, sin desdeñar el hecho de que una versión mucho más moderada de esta juvenilización ha desempeñado un papel importante en las sociedades occidentales, en general, los últimos 40 ó 50 años. En este momento, queda el poso de una juvenilización mitad genuina mitad impostada de generaciones que han ido dejando de ser jóvenes, pero mantienen un discurso juvenil de la modernidad, la vanguardia, el cambio permanente, la conquista de nuevas fronteras y la recreación del mundo a su imagen y semejanza. Ese discurso corresponde a un estilo de decir o de sentir la experiencia en el que una fachada de *bragadoccio* encubre un trasfondo de inseguridad.

Esta juvenilización es un fenómeno de efectos complejos y contradictorios. Por un lado, introduce un componente de falsa conciencia en la expresión de los sentimientos de algunas gentes. A veces la pretensión de control del destino, implícita en esa expresión, contrasta, claramente, con la experiencia histórica real; por ejemplo, con la de una Europa continental que no derrotó al totalitarismo por sus propias fuerzas en los años cuarenta del siglo pasado y vivió protegida de él por otros durante los cuarenta años siguientes. Por otro lado, al mismo tiempo, qué duda cabe que el aire juvenil de generaciones relativamente protegidas como las de los años sesenta en Europa en general (y en España en particular) les ha dado una apariencia de energía, resolución y afirmación de la vida que ha favorecido sus empresas en la vida, y que sigue haciendo que cuando estos jóvenes se vuelven mayores tengan la sensación de que casi podrían seguir jugando el mismo juego hasta la tumba. Se han convertido así en la versión europea de los “mayores jóvenes” del presente.¹³

La mejor posibilidad de los mayores, y la cultura moral de una humanidad racional autónoma, y vulnerable

Los “mayores jóvenes”, con salud, energía, recursos y la disposición a usarlos, tienen delante de sí un abanico de posibilidades. Lo que hagan dependerá, en parte, del marco institucional en el que se desenvuelvan, en parte, de lo que tengan en su corazón y su cabeza, en otras palabras, de su cultura: de lo que imaginen como lo mejor y lo peor de ese abanico. La pregunta es, ¿cuál podría ser la mejor posibilidad de estos “mayores jóvenes”? Cada cual deberá aportar su respuesta a partir de su escala de valores. Por mi parte, creo que tienen cierta oportunidad de ejercer una influencia benéfica en la sociedad de hoy y de mañana si encuentran la manera de pensar su experiencia y contribuir con ella,

¹³Por una vía distinta de la de los *baby boomers* de Estados Unidos.

como una enseñanza sensata y equilibrada, al conjunto de la sociedad, persuadiéndola con la palabra y sobre todo con el ejemplo. Para explicar mejor lo que quiero decir recurriré (de nuevo) a algunos ejemplos clásicos, pero antes trataré de articular brevemente las líneas principales del argumento.

Parto de una lectura de la experiencia de la tradición occidental en su conjunto parecida a la de Alasdair MacIntyre en una obra reciente (MacIntyre, 1999), cuya conclusión interpreto en el sentido de aducir que una sociedad ordenada de acuerdo con los principios de un orden de libertad requiere el cultivo equilibrado de dos tipos de virtudes o disposiciones morales.¹⁴ Se trata, precisamente, de las virtudes a las que ya he hecho alusión a propósito del ejemplo de Príamo; es decir, las del cultivo en el ser humano tanto de su capacidad como agente racional autónomo como del reconocimiento de su dependencia y su vulnerabilidad.

Por un lado, están las virtudes propias de un agente individual que toma sus decisiones en el marco de un orden de convivencia que tiende a maximizar los márgenes de libertad de todos los miembros de la comunidad. Puede tratarse de decisiones económicas y políticas, pero también de decisiones sociales y culturales, como las de adherirse a un grupo, establecer una relación de familia o amistad, optar por una o varias identidades, vincularse con un credo o una institución religiosa, y tantas otras. El tiempo de maduración en una sociedad bien ordenada de esta forma es tiempo de educación o preparación para actuar como agentes razonables autónomos, y responsables, en un mundo de agentes que toman esas decisiones en el respeto de las decisiones de los demás.

Pero, por otro lado, la experiencia humana incluye no sólo esa experiencia de agencia autónoma sino también otras. Incluye, por lo pronto, el tiempo y la ocasión previos a la vida adulta, la etapa de maduración, en la que los educandos son agentes a los que se trata “como si” fueran agentes autónomos y razonables pero sabiendo que lo son sólo hasta cierto punto. En realidad, la clave de la educación está en la gradación de la atribución de agencia autónoma a los educandos, en la combinación de libertad y autoridad que está implícita en la actividad de tutela (de mentor) del educador. Algo análogo ocurre con la ancianidad, sobre todo a partir del momento de mayor fragilidad cuando la salud corporal decae, y más aún si decae gravemente. Pero otro tanto sucede en las situaciones de incapacitación o enfermedad que tienen lugar de manera frecuente o recurrente, y afectan

¹⁴Por lo demás, no hago mía la posición comunitaria que suele atribuirse al conjunto de la obra de MacIntyre; mi interpretación se sitúa en la tradición del liberalismo clásico y su búsqueda de un equilibrio entre los valores de libertad individual y comunidad.

a buena parte de la población durante la juventud y la edad adulta. Esta vulnerabilidad se agudiza con la llegada de la muerte, por cualquier causa y a cualquier edad, un acontecimiento definitivo (en el sentido de “definir”) de nuestra existencia y condición humana. Como ha subrayado con acierto MacIntyre, todas estas situaciones de dependencia y vulnerabilidad requieren, y se dan, en el contexto de relaciones de cuidar y recibir cuidados entre seres humanos (MacIntyre, 1999: 81 y ss), a falta de las cuales los individuos en cuestión no pueden, no ya vivir decentemente, sino simplemente sobrevivir, de modo que las virtudes de saber dar y saber recibir los cuidados correspondientes son cruciales para la sociedad, de tanta importancia como puedan serlo las virtudes propias de la agencia racional autónoma.

Ejemplos clásicos: Néstor, Catón, Solón

Los “mayores jóvenes” pueden hacer una aportación importante en relación con ambas dimensiones de la experiencia humana, en particular, en las condiciones de la vida moderna. Por lo pronto, tienen mucho que ofrecer en términos de ejemplos de actuación como agentes autónomos. Recordemos algunos paradigmas clásicos. Volvamos, por ejemplo, a la *Iliada*, esta vez a sus primeros cantos (rapsodias I y IV). En ellos, vemos a Néstor, un anciano, guardando la ecuanimidad, el equilibrio, el control de sí mismo, entre dos coléricos, Agamenón y Aquileo, que, cada cual por su lado, se dejan llevar de su soberbia. Agamenón se excede en su autoridad; Aquileo, en su rencor contra la autoridad. Juntos, o mal combinados, ponen en peligro la unidad de los aqueos, que sufrirán amargamente por ello. Para Werner Jaeger, Néstor es el paradigma de la *paideia* homérica, que lo es a la vez de la educación clásica. Es el que sabe usar de las palabras, claves en el debate público, previas a la decisión que será ejecutada por los jóvenes (Jaeger, 1957: 48 y ss).

Recordemos el *De senectute* de Cicerón (1982 [44 a.C.]: 95 y ss). Su héroe es Catón, un romano al que se le atribuyen, precisamente, 84 años en el momento del diálogo. Catón es el prototipo del hombre de acción en su edad adulta convertido en hombre de consejo y deliberación en su vejez. Es el senador, es decir, el *senior*, el hombre senecto, o anciano, por excelencia, dispuesto a hacer su contribución al bien público hasta el último momento. Su elocuencia no es prolija ni profusa; va directamente al meollo de la cuestión. No es indeciso sino todo lo contrario; su palabra mide, encauza, orienta la acción a su mejor cumplimiento. Su severidad no es sino, literalmente, autodisciplina, control de sí mismo, como poniendo la unidad interna de su propio carácter, la sumisión de sus pasiones a su razón, como ejemplo para la unidad de la *civitas*. Cercano ya a la muerte, no la teme;

por lo cual sus razones y su consejo pueden tener aún mayor autoridad. Puede apoyarse en su propia vejez para afirmar su convicción; como cuenta Plutarco que hizo Solón, el sabio, frente a Pisístrato, cuando éste le conminó a que cediera a su tiranía, a lo que aquél se negó, respondiendo a la pregunta de Pisístrato de en qué basaba su resistencia con la respuesta de “en mi propia vejez” (Plutarco, 1979 [100-125 d.C.]: 162). Como diciendo (en una versión, admitámoslo, un tanto libre): “si a mi edad ya he visto tantas veces de cerca a la muerte y no he retrocedido, ¿cómo quieres que lo haga ahora ante ti, ¡oh, mi pequeño líder!, ¡oh, mi pequeño fatuo!?”.

Pero ni Solón ni Catón son héroes insensibles a aquella dimensión de la acción humana que es la otra cara de la acción racional instrumental, política o de otro tipo. Por lo pronto, de ambos sabemos que cultivaron el arte de la amistad, una relación de dar afecto y entendimiento y recibirlos, ambas cosas sin cálculo, o en la que el cálculo juega o debe jugar un papel secundario, y que es una de las claves del *bene vivere* antiguo. En *De senectute*, es llamativo el entusiasmo de Catón al hablar de la agricultura como ocupación de la vejez (Cicerón, 1982 [44 a.C.]: 129 y ss.): entusiasmo, arrebatado divino. Para Catón, el trabajo agrario no es primariamente una labor útil. Lo es, ciertamente, pero es sobre todo una ocasión para participar en una experiencia que, como buen romano, no puede considerar mística ni panteísta pero sí tiene un algo de acompañar a la naturaleza en su misteriosa metamorfosis de semilla en planta y en flor y en fruto. Es la experiencia básica del campesino-soldado que se llegó a convertir en la piedra angular de la vida tradicional del romano, sabedor de sus límites pero también servidor de una fuerza superior en la que se apoya, con la que trata de congraciarse y a la que atribuye buena parte de sus logros. Es ésta justamente la clave de la religión romana, mezcla de piedad y fidelidad a la familia, a la madre tierra, a la ciudad, a los dioses domésticos, tectónicos, locales y olímpicos, a todos ellos. Este espíritu religioso subyace en el *ethos* de servicio de un Catón a sus conciudadanos a lo largo de toda su vida y bien entrado en su vejez. Pasado el momento de la ambición del mando, o más allá de esa ambición, permanece el impulso de un dar y un darse a la ciudad, vida y fortuna, esfuerzo físico e inteligencia, para mantener y acrecentar esa ciudad que se hereda de los antepasados y se transmite a las generaciones siguientes.

Todo esto, se dirá, son las virtudes de los aristócratas romanos, de los sabios griegos, de los héroes homéricos, pero ¿en qué nos conciernen? En mucho, si consideramos que nuestra educación occidental de los últimos siglos es en gran parte una educación humanista que hereda y combina, en dosis variables según tiempo y lugar, la tradición clásica (la Grecia heroica, la Atenas clásica, la Roma republicana) y la tradición bíblica, con el agravante de que ambas tradiciones experimentaron un proceso de simbiosis

parcial pero profundo desde los siglos segundo y primero antes de Cristo en adelante. Cabe decir, por tanto, que en cierto modo hemos asistido en los últimos siglos a una generalización, o si se quiere, abusando quizá del término, una democratización de las virtudes que otrora fueron aristocráticas. En otras palabras, los “mayores jóvenes” de hoy tienen la posibilidad de hacer suyas las virtudes de Catón, Solón, Néstor o Príamo, por la profunda afinidad que hay, como consecuencia de la continuidad de una historia siempre sobresaltada pero todavía no gravemente interrumpida, entre las matrices culturales e institucionales de los sentimientos morales de unos y otros.

Aplicaciones al presente, y Edipo en Colono

¿Cabría sugerir alguna aplicación a la actualidad de aquellas virtudes? He aquí algunas breves indicaciones. Para empezar, los “mayores jóvenes” pueden estar de vuelta de algunos lugares comunes sin fundamento acerca del papel del liderazgo en las sociedades occidentales, o, si se prefiere, de la tendencia al exceso en la atribución de este papel, que es frecuente en ellas y que está inscrita en el modo habitual de funcionar de muchas de sus organizaciones, en general, y de sus comunidades políticas, en particular. Los mayores pueden cuestionar y corregir ese exceso, y favorecer, en cambio, una actitud de distancia crítica y de moderación en la vida política.

Por ejemplo, en muchos países de Europa, la vida política está afectada por el modo un poco falso y superficial con que se ha tratado el problema de la superación del fenómeno de los dos totalitarismos, de izquierda y derecha, por utilizar los términos convencionales. El poso dejados por ambos ha sido el de unos sentimientos arrogantes y cainitas que no es demasiado difícil reactivar, sobre todo cuando los partidos ceden a la tentación de la demagogia, tentación por lo demás muy potente. La ilusión de la omnipotencia estatal, como la de la omnipotencia de las ideas de la magia o la de los deseos de la infancia suscitan cierto escepticismo entre los viejos. Cuando se ha pasado una vida entera escuchando y observando a los partidos políticos lo normal es que se les haya cogido la medida. Esto es muy importante para establecer unas relaciones saludables entre la ciudadanía y el liderazgo político, y para evitar una grave contaminación del espacio público por el ruido y la manipulación partidistas.

Pero más benéfica puede ser aún la influencia de la vejez en la configuración de los sentimientos. En la vida política contemporánea los partidos pueden demonizar a sus adversarios estimulando los sentimientos de desconfianza hacia ellos, y denigrarles a la vez que fingen dialogar con ellos y tenderles la mano; estos trucos pueden celebrarlos

entre risotadas gentes enardecidas por los gestos de desafío y excitadas por la posibilidad de una exhibición de violencia, y encajar bien con el exceso de testosterona de una adolescencia prolongada, bien alimentada, bebida y ufana de su fuerza física. Pero tienen menos éxito con gente adulta y anciana. Es raro encontrar muchas gentes que mantengan aquel estado de excitabilidad hasta el final de sus días, porque la mayor parte suele calmarse un poco antes.

El engaño de una buena palabra seguida de una insidia, de dar la paz y la puñalada, de arrojar al fuego el vaso de agua que lo hace crepitar y la barrica de aguardiente que lo hace enfurecer: estos juegos de feria pueden entretener, y su truco puede pasar desapercibido, a un público ingenuo y juvenil; pero cansan, y sus engaños acaban llamando la atención del personal, conforme el espectáculo se repite y pasan los años. Puede ser incluso que los denuncien de modo parecido a como lo hace Edipo en Colono, en su respuesta a los requerimientos de Creonte, que trataba marrulleramente de alucinarle para conseguir sus objetivos, cuando él, el anciano y vulnerable Edipo, se encara con el poderoso gobernante y le define, y le desenmascara, como hombre “que encubre con blandas palabras sus enconados sentimientos” (Sófocles, 1947 [ca. 406 a.C.]: 127).

Al mismo tiempo, es posible que los “mayores jóvenes” estén de vuelta de los excesos del tipo de sociedad en la que se convierte el orden de libertad de las sociedades contemporáneas, de democracia liberal y economía de mercado, cuando la mayor parte de los miembros de la sociedad agotan su atención y su energía en los asuntos privados (un proceso reforzado, entre los jóvenes y los adultos, por las prisas de triunfar en el breve espacio de tiempo entre sus 30 y sus 60 años al que me he referido antes), invitando, de este modo, a los políticos a invadirlo todo y refugiándose los ciudadanos en una pasividad carente de civismo. Es posible que se hayan dado cuenta de un dato fundamental que sigue siendo como un secreto a voces; a saber, que la contradicción interna del liberalismo ingenuo, individualista y economicista estriba en que el olvido de la dimensión cívica de una sociedad civil nos acaba dejando inermes ante el despotismo.

Siempre una historia abierta: “old fools”, estrés y envejecimiento

Pero no conviene cuestionar el normativismo idealista a la hora de caracterizar las sociedades contemporáneas sólo para dejarse ir por la senda de un idealismo semejante a la hora de caracterizar el segmento de lo que he llamado los “mayores jóvenes”. Me he referido hasta ahora a la mejor posibilidad que tienen estos mayores para instalarse en las sociedades del presente y ya del futuro, pero hay otras. Saltando, si se me concede la

licencia, de la solemnidad de las citas de los griegos clásicos de hace más de veinte siglos a la profanidad de los textos de un observador de los niños, los mayores y los caballeros de fortuna del viejo Mississippi de hace siglo y medio, me permitiré recordar los burlones comentarios de tía Polly acerca de sí misma, cogida en flagrante delito de ingenuidad ante las travesuras de su sobrino Tom Sawyer: “*old fools ist [sic] the biggest fools there is!*”, “¡los viejos locos son los mayores locos!”.¹⁵

Hay algo en el curso de los tiempos que puede quebrar fácilmente la trayectoria que conduce a los mayores a su mejor posibilidad, y ponerles en la senda de la peor. No me refiero al caos en forma de apocalipsis a que aludí al principio, sino al caos en forma de desorden de baja intensidad, un desorden creciente y difuso que produce confusión y genera una sensación de pérdida de control. Ésta es una posibilidad muy real de las sociedades contemporáneas, de todas ellas, de Europa y desde luego de España. En términos generales, recuerdo que hay cada vez más información, pero el ruido mezclado con ella es también cada vez mayor, y, al mismo tiempo, los criterios con los que ordenar la información y mitigar el ruido son cada vez más blandos e indefinidos; las gentes no saben qué pensar sobre los problemas de hoy, y no están nada seguras de estar en condiciones de controlar las cosas. Descendiendo a un caso particular, es obvio que la Europa de hoy está llena de incertidumbre en lo que se refiere a su arquitectura política, sus fronteras, su identidad, su política económica y social, la relación de fuerzas entre sus estados miembros o la manera de construir un espacio público. Descendiendo un poco más, y si nos referimos a la España de hoy, excuso decir el desconcierto reinante sobre la política exterior y europea, y la sensación de dejarse ir de la inercia de la economía, por no hablar de las incertidumbres en materia de política cultural y territorial; sin mencionar el “pequeño detalle” de las dudas sobre qué hacer con su fe cristiana del 80 por ciento de españoles que se confiesa católico, o qué hacer con su identidad española del 90 por ciento de ciudadanos que se declaran españoles, porque puede ocurrir muy bien que muchos no sepan qué hacer con cosas semejantes.

Ahora bien, como la biomedicina actual nos dice, la sensación de carecer de información y de control sobre una situación produce estrés, y el estrés es un factor clave en el proceso de envejecimiento de las personas. Digo “envejecimiento” en el sentido de que, según los científicos, si bien el estrés puede ser funcional para el organismo de quien está en una situación de peligro para encararse con él, en cambio, mantenido por

¹⁵Ver Twain (1993 [1876]: 10). Aunque hay que reconocer que con esa expresión tía Polly no se hace justicia a sí misma, porque ella es, en realidad, una “anciana jovial”, activa y confiada, que hace lo posible por cuidar del “imposible” Tom.

demasiado tiempo, le es gravemente perjudicial: incrementa la presión arterial, la probabilidad de accidentes cardiovasculares y la glucosa en la sangre, disminuye el impulso sexual y bloquea el sistema inmune; es decir, envejece (Parkeer-Pope, 2005: 4). Pues el envejecimiento no es sino el nombre de la pérdida de impulso vital, la inhibición de funciones fundamentales, la reducción del nivel de ecuanimidad a la hora de responder al peligro, y, en consecuencia, el descenso de la probabilidad de responder con éxito y tal vez de sobrevivir a él. En definitiva, ese estrés prolongado envejece en el sentido de aumentar la decadencia física y acercar el momento de la muerte. Y puede ocurrir que muchos mayores no vean otra forma de evitar ese estrés que se les acerca, quizá en forma de silenciosa depresión, que sepultarse en una butaca de cara a la televisión durante horas y horas, y dejarse mitad acompañar y mitad aturdir por ella.¹⁶

Así pues, cabe que los mayores sean “juveniles” o “seniles”; aunque, puestos a considerar el conjunto de la población, cabe también que los adultos e incluso los jóvenes, sin concierto ni control, sean también “seniles”. En otras palabras, los mayores pueden vivir una prolongada, tercera, juventud, suponiendo que la edad adulta fuera la segunda; o encontrarse instalados y encerrados en una experiencia de desconcierto y descontrol. Pero ésta es una alternativa no sólo de los mayores, sino de todos, jóvenes y adultos incluidos. Todos pueden sentirse desinformados y desconcertados en un mundo de una complejidad, una extrañeza y, tal vez, una peligrosidad crecientes.

De modo que el tema inicial de esta discusión (el de los mayores, o los ancianos, en un mundo de jóvenes) se nos ha ido complicado a lo largo del camino (tal vez son los jóvenes los que vivirán en un mundo de mayores) y, en su término, se nos bifurca en una doble posibilidad y una doble pregunta. Porque ya no se trata de saber, simplemente, cómo pueden vivir los mayores en un mundo de jóvenes, para lo cual la respuesta sería, permaneciendo jóvenes “de espíritu”; sino de cómo conseguir una sociedad toda ella de jóvenes de espíritu, incluidos los mayores, en lugar de una sociedad toda ella de viejos de espíritu, incluidos los jóvenes.

¹⁶De hecho, para 40 millones de jubilados en Estados Unidos ver la televisión es el equivalente de una ocupación a tiempo completo de 43 horas a la semana (Magee, 2004: 5).

Referencias

- AARP. 2004. *AARP International Opinion Leader Study on Global Aging*, noviembre.
- Butrica, Barbara A. y Simone G. Schaner, 2005, “Satisfaction and Engagement in Retirement”, Urban Institute, *The Retirement Project/ Perspectives on Productive Aging*, 2, julio.
- Chang, Jung y Jon Halliday. 2005. *Mao: The Unknown Story*, Londres: Jonathan Cape.
- Cicerón. 1982 [44 a.C.]. *Catón el viejo o De la vejez*. Traducción de Vicente López Soto. Barcelona: Editorial Juventud.
- Department of Work and Pensions, UK Government. 2005. *Opportunity Age. Volume Two: A social portrait of ageing in the UK*.
- Haffner, Sebastian. 2002. *Anotaciones sobre Hitler*. Traducción de María Esperanza Romero y Richard Gross. Barcelona: Galaxia Gutenberg/ Círculo de Lectores.
- Hank, Karsten, 2005, “Spatial Proximity and Contacts between Elderly Parents and Their Adult Children: A European Comparison”, *DIW Berlin Discussion Papers*, 510.
- Homero. 1958 [siglo VIII a.C.?] . *Iliada*. Traducción de Luis Segalá y Estalella. Madrid: Aguilar.
- Jaeger, Werner. 1957. *Paideia: los ideales de la cultura griega*. Traducción de Joaquín Xirau y Wenceslao Roces. México: Fondo de Cultura Económica.
- Kedourie, Elie. 1994. *Nationalism*. Oxford: Blackwell.
- MacIntyre, Alasdair. 1999. *Dependent and Rational Animals: Why Human Beings Need Virtues*. Chicago: Open Court.
- Magee, Marc, 2004, “Boomer Corps: Activating Seniors for National Service”, *Progressive Policy Institute. Policy Report*, enero 2004.
- OECD.2005. *Ageing Populations: High Time for Action*.

Parker-Pope, Tara. 2005. "The Secrets of Successful Aging: What Science Tells Us", *The Wall Street Journal Europe*, 24-26 de junio.

Pérez-Díaz, Víctor. 1998. "Ancianos y mujeres ante el futuro", *Claves de la razón práctica*, 83: 2-12.

Piekkola, Hannu y Matthias Deschryvere, 2005, "Option Values for Retirement: Effects of Public Incentives to Postpone Retirement in Finland, Belgium and Germany", *ENEPRI Research Report*, 14.

Plutarco. 1979 [100-125 d.C.]. *Vidas paralelas: Solón*. Traducción de Ranz Romanillos. Madrid: Edaf.

Rydell, Ingrid. 2005. "Equity, Justice, Interdependence: Intergenerational Transfers and the Ageing Population", *Arbetsrapport/Institutet för Framtidsstudier*, 5.

Sófocles. 1947 [ca. 406 a.C.]. "Edipo en Colono", en *Obras Completas*. Traducción de Ignacio Errandonea. Madrid: Aguilar.

Twain, Mark. 1993 [1876]. *The Adventures of Tom Sawyer*. Oxford: Oxford University Press.

ASP Research Papers

Últimos números publicados

- 49(a)/2003 **Evelyne López Campillo**, *Las mujeres en las tierras del islam*
- 51(a)/2004 **Víctor Pérez-Díaz**, *Los puntos débiles de la vida pública española* (también en *Papeles de Economía Española*, 100)
- 52(a)/2004 **Víctor Pérez-Díaz**, *¿Qué Europa política queremos?* (también en *Política Exterior*, 100)
- 53(b)/2004 **Víctor Pérez-Díaz**, *The underdeveloped duty dimension of the European citizenship* (también en polaco e inglés en Hanna Machinska, ed., *Idea of Europe/Idee Europy*, Varsovia, Biuro Informacji Rady Europy)
- 54(a)/2005 **Víctor Pérez-Díaz**, *La casa dividida. El equilibrio inestable de la situación española en la primavera del 2005* (también en *Panorama Social*, 1: 5-16)
- 56(a)/2005 **Víctor Pérez-Díaz**, *Retos históricos y virtudes cívicas*
- 57(a)/2005 **Víctor Pérez-Díaz**, *La crisis endémica de la universidad española*

Otras publicaciones de Víctor Pérez-Díaz y sus colaboradores

Víctor Pérez-Díaz y Joaquín P. López Novo. *El tercer sector social en España*. Madrid, Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales, 2003.

Víctor Pérez-Díaz y Juan Carlos Rodríguez. *La educación general en España*. Madrid, Fundación Santillana, 2003.

Víctor Pérez-Díaz. *La lezione spagnola*. Bologna, Il Mulino, 2003.

Víctor Pérez-Díaz, Berta Álvarez-Miranda y Elisa Chuliá, *La inmigración musulmana en Europa*, Barcelona, Fundación La Caixa, 2004.

Víctor Pérez-Díaz, *Sueño y razón de América Latina*. Madrid, Taurus, 2005.

Víctor Pérez-Díaz y Juan Carlos Rodríguez. *Los jóvenes españoles ante la energía y el medio ambiente. Buena voluntad y frágiles premisas*. Barcelona, Fundación Gas Natural, 2005.

Víctor Pérez-Díaz y Juan Carlos Rodríguez. *Desarrollo tecnológico e investigación científica en España. Balance provisional de un esfuerzo insuficiente de catching up*. Madrid, Fundación Iberdrola, 2005.

ASP Research Papers están orientados al análisis de los procesos de emergencia y consolidación de las sociedades civiles europeas y la evolución de sus políticas públicas.

En ellos, se concederá atención especial a España y a la construcción de la Unión Europea; y, dentro de las políticas públicas, a las de recursos humanos, sistema de bienestar, medio ambiente, y relaciones exteriores.

ASP Research Papers focus on the processes of the emergence and consolidation of European civil societies and the evolution of their public policies.

Special attention is paid to developments in Spain and in the European Union, and to public policies, particularly those on human resources, the welfare system, the environment, and foreign relations.

ASP, Gabinete de Estudios S.L.

Quintana, 24 - 5º dcha. 28008 Madrid (España)

Tel.: (34) 91 5414746 • Fax: (34) 91 5593045 • e-mail: asp@ctv.es